



**JORGE FREIRE**  
**ARTHUR KOESTLER: NUESTRO HOMBRE EN ESPAÑA**  
 Alrevés (2017). 171 páginas.  
 18,00 € Ebook: 6,64 €

## Las desenfrenadas aventuras de Koestler en España

por  
 Jorge  
 Freire

La estadía de Arthur Koestler en España fue, cuando menos, trepidante. Estuvo en nuestro país en tres ocasiones. La primera salió a hombros, la segunda salió por piernas y la tercera, que siempre va la vencida, terminó condenado a muerte.

Pocos días después del golpe de Franco, Willi Münzenberg, el gran propagandista de Stalin, envió al escritor a Sevilla con la misión de documentar el apoyo nazi que estaban recibiendo los alzados. Koestler cumplió rápidamente su objetivo, pues a las pocas horas se encontró con varios alemanes embutidos en el uniforme de la fuerza aérea española, y se dedicó a su otra misión: conseguir la gloria periodística. Así, convenció a Luis Bolín, jefe de prensa de Queipo de Llano, para que le consiguiera una entrevista con el jefe del Ejército del Sur.

Desconozco cómo pudo el astuto Bolín, que había organizado con evidente éxito el vuelo del *Dragon Rapide*, picar el anzuelo de este húngaro repeinado con la raya al medio, que blandía una carta de recomendación de Gil Robles pero que era, en realidad, un comunista de tomo y lomo enviado por Moscú. Sea como fuere, la entrevista se produjo, y fue escandalosa. Queipo no se ahorró sus habituales comentarios procaces. Cuando pocos días después el *News Chronicle* londinense sacó la entrevista en portada, mostrándolo como un sádico que prometía exterminar «milicianos invertidos», Bolín prometió matar a Koestler. Pero este ya había vuelto a Inglaterra.

No tardaría en regresar. En noviembre de 1936, una avioneta desvencijada lo dejó en Madrid. La Embajada soviética le prestó una enorme limusina, una Isotta Fraschini como la que usaba Gloria Swanson en *El crepúsculo de los dioses*. Había sido construida para el primer ministro Alejandro Lerroux y estaba acondicionada para facilitar sus lances amorosos. Unas cortinas de lavanda colgaban de los cristales y unos disimulados botones, instalados en una de las puertas traseras, encendían una lucecita sobre el asiento del conductor. En ese momento, el chófer apagaba el motor, hacía saber que el coche se había averiado, inventándose alguna excusa técnica, e informaba de que se veía obligado a ir a pie hasta el próximo pueblo, a unos quince kilómetros, para obtener ayuda. Por fortuna, añadía, quedaba algo de champán en la cesta de picnic para aliviar la espera de don Alejandro y su acompañante.

Koestler utilizó el material que había reunido para escribir un libro propagandístico titulado *La España ensangrentada*, que publicó en enero de 1937, pocos días antes de su tercer viaje a España. Al llegar a Málaga sabía que se metía en la boca del lobo. ¿Por qué volvió, entonces? La obediencia a Münzenberg no basta para explicar su regreso. Koestler quería convertirse en el gran periodista de su tiempo, y creía que lo conseguiría asistiendo a la caída de una ciudad de la República. Se alojaba en una villa en El Limonar, propiedad de un aristócrata escocés, cuando una mañana vio descender por la carretera, en perfecta formación, a dos centenares de soldados

*El escritor húngaro vino a España como periodista y como agente soviético, y estuvo a punto de ser fusilado. Pero salió vivo y apeado de la causa comunista. Jorge Freire investigó su estancia y detalla aquí algunos episodios por momentos hilarantes*

italianos al son de *Giovinezza*, el himno fascista de Mussolini. Quiso el azar que el tío de Luis Bolín fuera el propietario de la casa contigua. Llegó entonces la detención, primero en Málaga y luego en la cárcel modelo de Sevilla.

Koestler pasó tres meses condenado a muerte. Fue en la oscuridad de la celda donde trazó las líneas maestras de lo que sería *El cero y el infinito*. Es curioso que no fuera en Moscú, sino en una prisión española, donde se apeara definitivamente de la causa comunista. Finalmente, un intercambio de prisioneros lo libró de ser ejecutado. Lo canjearon por Josefina Gálvez, mujer del capitán Carlos de Haya, que estaba retenida en Valencia por los republicanos.

Fue el propio De Haya el encargado de sacar a Koestler de Sevilla en una avioneta. Durante el viaje, preguntó a Koestler si tenía miedo a la muerte. Este, que llevaba tres meses en una celda de aislamiento a la espera de que lo matasen, respondió que sólo tenía miedo al acto de morir. De Haya, que era un hombre de acción, respondió con una risotada: él no lo temía, pues morir en acto de servicio no era tan raro. Pocos meses después, en la batalla de Teruel, el aviador

encontró su final: contaba entonces con 36 años. Koestler, en cambio, llegó a viejo. **L**



ULISES CÚLEBRO